

## UNA TARDE CON MARIANO BAQUERO

CONOCÍ a Mariano Baquero, si no me equivoco, en 1971. Y tuve la fortuna de verlo muy de cerca desde ese año hasta la fecha de su muerte: primero, como alumno de sus clases de literatura española; inmediatamente después, en razón de mi trabajo en el departamento universitario que él dirigía. Cuando ahora lo recuerdo, me doy cuenta de que, curiosamente, entre mi imagen primera y mi visión última de Mariano Baquero —a pesar de hallarse éstas separadas por trece largos años— no hay apenas diferencias. Ambas coinciden casi como dos fotografías iguales que se superpusieran. Se diría que los años, que van cambiando lentamente a las personas, respetaban la esencial intemporalidad de este hombre. Mariano Baquero fue siempre idéntico a sí mismo. Su especialísima manera de ser y su conducta eran inalterables. Y ni siquiera en su aspecto físico, hasta el momento en que se manifestó la enfermedad que lo llevó a la muerte, había obrado el tiempo cambios ni deterioros notables: el pelo le fue encaneciendo, y nada más. Semejante uniformidad, que por lo general suele resultarnos enojosa o aburrida, en Mariano Baquero, hombre de delicado espíritu y de cordialísimo trato, era como una bendición. Con él no había lugar a las desagradables sorpresas que con frecuencia nos deparan las relaciones humanas y, muy especialmente, la convivencia con las gentes que pueblan el ámbito universitario. Uno podía estar seguro de que siempre que encontrara a Mariano Baquero encontraría también sus palabras amables, su sonrisa, su natural sencillez.

Mis encuentros con Mariano Baquero solían tener lugar en el Departamento de Literatura Española de nuestra Facultad de Letras (muy raramente nos veíamos en otros sitios). Durante el curso académico, el trabajo nos hacía coincidir allí ciertas tardes de cada semana. Mis recuerdos de tantas y tantas tardes, esparcidas a lo largo



de tantos años, tienen también carácter uniforme: la rutina de la vida profesional es tema que admite escasísimas variaciones y la memoria no logra diferenciar la individualidad irrepetible de momentos idénticos. Todas aquellas tardes de la vida de Mariano Baquero, de mi propia vida, son, en esencia, como una sola tarde que hubiera transcurrido lenta, muy lentamente, con la extraña belleza melancólica que la monotonía, inexplicablemente, es capaz de entregarnos. Y esa tarde única, emblemática, cifra del tiempo que poco a poco se fue posando en nuestras biografías, acude ahora a mi memoria, cuando, tras la muerte de Mariano Baquero, ya no existe posibilidad de que se prolongue. En las líneas que siguen, diré cómo fue.

Son casi las cuatro y media. Hace unos minutos que llegué al Departamento. Si situamos esta tarde ideal en abril, estará florecida la vieja jacaranda que hay en el patio de la Facultad; si preferimos que transcurra en febrero, no habrá hojas ni flores en sus ramas. A las cuatro y media, muy puntualmente —metódico en todo y de regularísimas costumbres—, Mariano Baquero abre la puerta que comunica su despacho con la sala de lectura del Departamento, en la que yo me hallo. Nos saludamos. Sonríe mientras dice unas palabras amables. Es hombre de regular estatura y armoniosa complexión, pulcro, de delicadas maneras, bien vestido, elegante sin afectación ni atildamiento. No intenta ocultar su innata timidez y sus ojos tienen la inconfundible mirada desvalida de los hombres buenos. Me invita a pasar a su despacho, y, una vez sentados, comienza nuestra charla.

La conversación de esta tarde, resumen de tantísimas otras conversaciones, no tiene nada de *profesional*. En ningún momento hablaremos de la Universidad, del trabajo, de los problemas académicos. Preferimos hablar de otras cosas, de cosas que nos unen y que nos son más gratas: fundamentalmente, de música y literatura. Mariano Baquero, como todo el mundo sabe, es un apasionado de la música. Al hilo de las novedades discográficas que recientemente hemos adquirido, van surgiendo sus finos comentarios sobre esta obra, sobre aquel compositor. Mariano Baquero no es, desde luego, persona que con facilidad se entregue a la vehemencia; es, por el contrario, comedido y pudoroso en la expresión de sus sentimientos, pero cuando habla de música puede llegar a manifestar su alegría casi con ardor.

De la música pasamos a la literatura. Mariano Baquero se refiere a sus libros amados con el fervor y la ilusión de un adolescente. Después de tantos años de ganarse la vida como profesor de literatura, aún ama los libros. Es un caso raro. Como era de esperar, porque a los dos nos interesan mucho, terminamos hablando con devoción de algunos grandes escritores ingleses y norteamericanos: Melville, Hardy, Conrad, Henry James. «James —me dice— es para mí el Novelista, el novelista por antonomasia». «No me extraña que piense de esa forma —le apunto en tono de broma, mas sin faltar a la verdad—, porque usted, tal como es, sin ningún



retoque, podría ser un personaje de Henry James». Mis palabras le hacen reír abiertamente y en seguida me contesta que nunca había pensado en la posibilidad de vivir en las páginas de un libro.

La grata conversación no dura más de media hora. Durante el resto de la tarde, pared por en medio, ambos nos dedicamos a nuestros respectivos trabajos. Transcurre el tiempo con lentitud. A la hora del crepúsculo, de nuevo se abre la puerta del despacho, y Mariano Baquero, sonriente, se despide de mí hasta el próximo día.

Pero ya no habrá próximo día, tardes como esta tarde, conversaciones como la que he descrito.

Escribo estas páginas en los primeros días del otoño. Mariano Baquero murió hace tres meses. El verano, instalado en nuestra ciudad como si ésta, por derecho de conquista, le perteneciera, se resiste a rendir la plaza a la nueva estación. Hay, sin embargo, signos muy claros de que pronto se resignará a la derrota y huirá con sus vencidas huestes: por el cielo ya no vuelan los vencejos y las tardes se van acortando. El nuevo curso académico comenzará dentro de unos días. Mariano Baquero, inexplicablemente, no acudirá este año a su cotidiana cita universitaria. Hay ausencias que uno no logra comprender.

